



Ayuntamiento
de **YAIZA**

Pregón Femés 2026

Víctor Julián Cáceres Hernández
Acompañado de su hijo Jonatan

«La devoción a San Marcial, como el horizonte, no conoce límites;
siempre navegará en la memoria de nuestra gente»



Agradecemos a las personas que han cedido algunas de las imágenes que ilustran este documento. Otras proceden del archivo de Memoria de Lanzarote y de la página web institucional del Ayuntamiento de Yaiza (www.yaiza.es).



La fotografía que preside la portada, hallada en el interior de una antigua maleta de madera que se utilizaba para embarcarse en la mar, se estima que tiene más de 80 años. Es un valioso testimonio de la memoria y la devoción marinera en torno a San Marcial.



JULIÁN: ¡Bendito sea San Marcial del Rubicón! Estimadas autoridades, señor alcalde, señor párroco, corporación municipal, comisión de fiestas, queridos vecinos, familiares y amigos que hoy nos acompañan: muy buenas tardes.

Estar aquí, ante el Santo Patrón de Lanzarote y Copatrón de Canarias, es mucho más que un honor. Es la historia de una vida entera ligada a Femés, a San Marcial y a estas fiestas.

Aún tengo grabada, como si fuera ayer, mi primera visita a San Marcial. Apenas tenía cinco años cuando vine desde Maciot, cruzando la vereda junto a mis primas.

Ya viviendo en Femés, en una de aquellas fiestas, recuerdo que mis padres, Juan Cáceres Marrero y Georgina Hernández Martín, me dieron cinco duros. Y con aquellos cinco duros compré un refresco de cola — de los de antes— en el ventorrillo de Cándido Lemés y Leoncio Medina, un polo en el carro de Acuña y una piña de azúcar con almendras en el puesto del Turroneiro... ¡y todavía me sobró dinero!

JONATAN: ¡Cómo han cambiado los tiempos! Y, sin embargo, hay algo que permanece intacto: cada mes de julio, San Marcial vuelve a convocarnos.

Desde pequeño escuchaba estas historias y me quedaba embelesado oyendo a mis abuelos. Relatos que mi padre me repetía una y otra vez. Por eso estoy aquí. Porque este momento fue siempre uno de sus sueños. Y los sueños, cuando son de verdad, se cumplen en vida.

Pero este pregón no es la historia de Julián, tampoco la mía. Es la historia de un pueblo que se mira en el espejo del tiempo para volver a aquellos días en los que la felicidad cabía en cinco duros... y en un rato de fiesta.

Si les pido que cierren los ojos un momento y piensen en algún instante de San Marcial, seguro que a todos les viene alguien especial al pensamiento. ¡Son tantas las personas que Femés guarda en su corazón!

Esta noche es, precisamente, un homenaje a todos ellos, a todas ellas; a quienes, como mi padre, dedicaron su esfuerzo y cariño a estas fiestas y a este pueblo. Les pido un fuerte aplauso en su memoria.





JULIÁN: Me vienen a la mente los primeros años de las fiestas. Las manos del pueblo lo preparaban todo. Comenzaban mucho antes de que sonara el primer volador. Limpiar o quitar la hierba, ya era una forma de celebrar. Todo el pueblo se unía para albear la iglesia y dejarla reluciente. Se engalanaban las calles con banderas y las ristras de bombillas anunciaban que algo importante estaba a punto de suceder.

Las costureras del pueblo dedicaban meses enteros a preparar la ropa. Para muchos, era la única ocasión del año para estrenar. La plaza era entonces de tierra. Y si el viento soplaba fuerte, uno lucía la camisa nueva por la mañana y al mediodía ya la tenía canela. Pero nadie se quejaba. Era Femés y aquella plaza era nuestro mundo.



JONATAN: Y en ese mundo, todos participaban, todos arrimaban el hombro. No hacía falta pedirlo, porque las fiestas eran del pueblo.



JULIÁN: Seguro que tienen presente a don Antonio Peña Rodríguez, el primer maestro. Con él organizábamos juegos de cintas, carreras de sacos... incluso con burros. Nos enseñó a convivir; lo sencillo era, al final, lo que más nos unía.



JONATAN: ¿Cuántos profesores han dejado huella en Femés, verdad? Hemos tenido mucha suerte. Maestros y maestras de escuela, sí... pero también de vida. Y quizá todo empezó ahí: en la idea de que lo importante era participar.



JULIÁN: Recuerdo la cantina de Pepe Reyes y a sus hijos, Silverio y Fernando, cruzando la plaza con calderos. En San Marcial, Femés sabía a carne de cabra, que con tanto mimo preparaba María Teresa Rodríguez... venían de intento a probarla. La función religiosa era por la mañana y, después, todo el mundo se quedaba a comer. Llegaban marineros y peregrinos desde temprano, en burros y camellos, que se amontonaban junto al Aljibe del Santo. ¡Y hasta de otras islas venía la gente!

JONATAN: Y entonces el bullicio se apoderaba del pueblo, y era la señal de que había llegado el gran día. Han pasado los años, pero aquellos momentos siguen teniendo el dulce sabor de las galletas de mantequilla de doña Gloria de Ganzo, de los mimos de mi abuela Judit y de las torrijas de mi tía María.





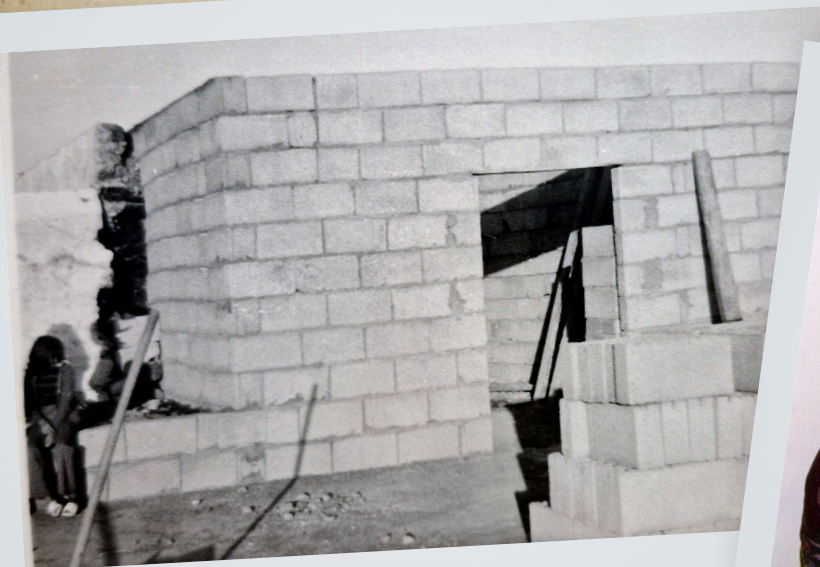
JULIÁN: Traigo también a la memoria el Plantel del Servicio de Extensión Agraria, con Juan Corchero, éramos jóvenes llenos de ilusión por mejorar el pueblo: arreglábamos caminos, abrimos la carretera hacia Maciot. Fueron años de encuentros y grandes luchadas, cargábamos el jable para montar el terrero.

Tampoco puedo olvidar a don Juan Cáceres Martín, el de la emisora, teniente alcalde y, sobre todo, servidor del pueblo, con esa capacidad de unir a los vecinos para embellecer cada rincón: piedras con cal, alcogidas y colaeras cuidadas con esmero.



JONATAN: Quizá hoy tengamos más medios, pero pocas cosas igualan aquella forma de hacer mucho con muy poco. Mi padre siempre insistía para que todo saliera a tiempo. A veces le entraban las prisas, tanto, que cuentan que un día, por querer llegar antes, amarró la burra a la moto. Se imaginarán cómo acabó aquello.

JULIÁN: ¡Si yo les contara! Son tantas las anécdotas que atesoro junto a mis hermanos Paulino, Luis, Juana y María. Eran otros tiempos, la vida transcurría de otra manera, pero cada día traía una historia nueva y apenas nos quedaba tiempo para aburrirnos.



JULIÁN: Con la ayuda del cura don Antonio Parrilla y de muchos vecinos levantamos el Teleclub, que se convirtió en el corazón del pueblo. Allí se organizaba todo. Fefo Rodríguez enganchó la luz a motor. Y llegó la primera televisión, todo un acontecimiento: tardes de cine y el famoso “Un, dos, tres”.

JONATAN: Como don Antonio, Femés tuvo curas comprometidos. Yo viví la época de don Mario Santana, un sacerdote que supo implicar a la gente joven. Entonces la fe era mucho más que venir a misa los domingos.





JULIÁN: Los actos no se hacían solos. En la comisión de fiestas, con Segundo Rodríguez, José Rodríguez Medina, Maximino Nieves o Paco Pérez, se implicaban grandes y chicos, sin distinción. Repartíamos programas y carteles por toda la isla. Los primeros bailes con Voces Nuevas fueron un éxito rotundo.

JONATAN: Siempre hubo un empeño claro: hacer crecer las fiestas. Cada año se esperaba con ilusión saber quién actuaría. Los escenarios se pintaban a mano, por ellos pasaron muchos artistas como Paolo Salvatore, Jorge Cafrune o Sheila Dúrcal, además de José Vélez, Pedro Guerra, Luis Morera o el entrañable Manolo Vieira. Aquí se cruzan nuestras generaciones, en la alegría de los

playbacks y guateques, con Elisa, Graciela y mi prima Macarena... Femés fue pionero en impulsarlos, y aquello era pura algarabía y derroche de talento. Los gigantes, cabezudos y papagüevos, las fiestas de la espuma y las gymkanas movilizaban a todas las edades. Esther Sepúlveda era siempre la primera en llegar.

Se celebraba la Semana Cultural, con charlas y coloquios, los concursados campeonatos de bola, envite, tute y dominó, y los esperados juegos para mayores. Y cómo olvidar el fin de fiestas con aquellos partidos memorables entre solteros y casados, los asaderos de sardinas y las entregas de trofeos, donde mi padre cogía el micrófono y se dejaba llevar por la emoción del momento.



JULIÁN: En Femés tuvimos la suerte de contar con Nanino Díaz Cutillas y su programa Tenderete. Tras su fallecimiento, le dedicamos el festival en su memoria que luego se llevaron a Los Dolores.

JONATAN: Aquí la música siempre entonó con alma marinera: Amigos de Puerto Naos, Los Buches, Coros y Danzas de San Ginés, nuestra Parranda Janubio y la Agrupación Folclórica Rubicón con su cuerpo de baile. Y cómo no, el Festival de Solistas, con

las mejores voces de la isla, bajo el empeño de Clotildo Martín.

También vivimos noches de rock, con Los Lajas —con mi primo Berto—, Los Suaves o Los Coquillos. Nadie las disfrutaba tanto como Julián Rodríguez, “el Pelú”, como le llamábamos cariñosamente. Hubo noches en las que parecía que todo Lanzarote estaba en Femés y el pueblo literalmente se desbordaba.

JONATAN: Todo esto se hacía, además, luchando contra el viento. Para atajarlo, un año mi padre probó con banderines de papel de colores y no quedó ninguno en su sitio; otro año se cubrió la plaza entera con hojas de palmeras. Desde antaño el viento nos desafía, pero nunca ha podido con la fuerza de este pueblo.

JULIÁN: No me quiero olvidar de Daniel Camacho, que siempre tenía una frase oculta preparada. Si nos veía en manga camisa, pasando pelete, nos decía: “Si es al-

guien de fuera escapa. Pero siendo vecino de Femés, no tiene perdón”.

JONATAN: Como ven, aquí siempre fue tan grande el ingenio como el sentido del humor. Había quien recitaba versos al Santo, como María Reyes o Juana la de Emergencia y quien animaba la fiesta con sus chistes, como mi abuelo Andrés Rodríguez, sus hermanos Nicolás y Facundo, su hijo Martín, junto a Terio Caraballo y hasta mi padre, que se animó un año.





JULIÁN: Quiero recordar de una manera muy especial a nuestra maestra Josefa Toledo y a su familia. Siempre estaré agradecido por todo lo que hicieron por nuestro pueblo, no solo en San Marcial, también en el Día de Canarias, los Carnavales o en Navidad con los Belenes Vivientes. En eso, Fefa tuvo buenos ayudantes, como mi hijo y Franci.

JONATAN: ¡Qué noches aquellas! Con grandes teatros y puestas en escena que arrancaban carcajadas sin parar, con Con-

suelo, Antonia, Bienvenida, Pana, José Francisco, Flora y mi tía Ángela... el teleclub se quedaba pequeño. Después llegaron las obras itinerantes por el pueblo y los pases de modelos con diseños reciclados. En esa época, Femés entero se subía al escenario.

Algo que me encantaban eran las exposiciones, gracias al cariño de quienes dejaban sus labores artesanas y aperos de labranza: Caridad Reyes, Margarita Melián, Aurelio Torres, Mariquita Cáceres, Dorina Grimón, entre muchos otros.

JULIÁN: Sin duda, en la memoria de esta festividad hay muchos nombres propios. No todos son del pueblo, pero como si lo fueran. Uno de ellos es Francisco José Navarro, la voz de estas fiestas. Ayudó demasiado, siempre estaré en deuda con él.

JONATAN: A través de la radio entrevistaba a mi padre para que le narrara el ambiente en directo. Y mi padre aprovechaba para decir lo que muchos pensaban. Algún vecino siempre me decía: “¿Escuchaste lo que dijo tu padre?” Y es que siempre daba algún que otro tirón de orejas a los políticos para que San Marcial ocupara el lugar que se merecía. Detrás de aquellas palabras había mucho cariño por Femés.

JULIÁN: Siempre hubo gente que me animaba y valoraba lo que hacíamos, pero guardo un especial afecto a las hermanas María Teresa, Ana y Bienvenida Perdomo.

JONATAN: En realidad, todos en el pueblo conocían las aportaciones de mi padre: fundó el Club de Fútbol de Femés, con su conjunto masculino, de veteranos y el primer equipo femenino de Canarias; creó el campo de fútbol; logró cerrar el vertedero del Paso; arregló el camino de Femés Atrás; y defendió la escuela para evitar su cierre. Pero si hay algo que le distingue es su amor por las fiestas de San Marcial, siempre cerca del Santo.

JULIÁN: Junto a los hombres de la mar, ellos tomaban la iniciativa y también el peso sobre sus hombros: Pedro Rodríguez Medina, Marcial Caraballo Rodríguez, Paulino García Cedrés, Tomás Martín García... al cruzar la calle durante la procesión, siempre Vicenta Bravo y su familia nos esperaba.





JONATAN: Hablando de marineros, les cuento una anécdota. Cuando era todavía un chinijo, no sé dónde escuchó mi padre que fue un marinero de Galicia quien había escrito a Su Majestad el Rey pidiendo que el 25 de julio fuera Fiesta Nacional en honor a Santiago Apóstol. Ya se imaginarán: a mí también me tocó escribir una carta, esta vez solicitando a Don Juan Carlos que el 7 de julio se declarara festivo en toda Canarias.

No me resultó difícil, porque yo me sabía de carrerilla, como todo el pueblo, aquello que repetíamos con tanto entusiasmo: el primer obispado, el primer castillo y la primera catedral del archipiélago.

La historia siempre nos ha dado la razón, aunque otros intentaran borrarla: aquí se escribieron las primeras páginas de la presencia castellana en Canarias, el primer eco de un mundo que, tras la conquista, nos conectó con Europa, África y América. Los últimos descubrimientos en Papagayo continúan dando fe de ello y, más de seis siglos después, San Marcial del Rubicón sigue siendo el auténtico guardián de esa memoria.

Como se imaginarán, no recibimos respuesta; quizás la carta nunca llegó a su destino. ¿Por qué les cuento esto? Porque lo que es justo no entiende de imposibles, y mi padre nunca dejó de intentarlo.



JULIÁN: San Marcial se merece todo. ¡Esta iglesia guarda tanta devoción entre sus paredes! Siempre fue abrigo de lágrimas, consuelo y esperanza; de ofrendas y promesas. Lo he visto toda mi vida: en los marineros que confiaban en él antes de embarcarse a la mar y luego regresaban a ofrecerle sus barcos hechos a mano. Recuerdo a una mujer, junto a su hijo, dando la vuelta a la iglesia de rodillas, y cuando se levantó, se le veían hasta los huesos. Tampoco se me olvida otra madre llorando mientras sonaba la banda de cornetas y tambores del Regimiento de Infantería, porque tenía a su hijo en la Marcha Verde en Marruecos.

JONATAN: También había un matrimonio que venía todos los años a las seis de la mañana, y mi padre siempre estaba para abrirles la puerta. ¿Se han parado a pensar en cuántas personas pidieron la llave de la iglesia a Margarita Reyes? Y luego en la tienda a mi tía Inmaculada y a Lala, que siempre estaban pendientes. Detrás de cada fiesta hay emociones que no siempre se ven. Siempre escuché decir que había que poner a San Marcial en lo más alto, y hoy entiendo que ese lugar privilegiado está desde hace generaciones en el corazón de quienes lo veneran y le profesan su amor eterno.

JULIÁN: Mi deseo es sencillo: que Femés siga siendo Femés, que nunca pierda su esencia. Que la palabra pueblo siga significando encuentro.

JONATAN: No se trata de vivir anclados en la nostalgia. Los tiempos cambian y deben cambiar; no son mejores ni peores, simplemente distintos. Pero hay algo que no debería cambiar nunca: el orgullo de pertenecer a este pueblo. Mi padre repite en muchas reuniones que las calles de Femés deberían llevar el nombre de quienes ya no están. Yo le digo que el pueblo es pequeño y no hay calles para tanta gente. Pero quizá habría que buscar otra forma de recordarlos, porque en algo tiene razón: el mayor patrimonio de un pueblo son sus personas.

Como supo apreciar muy bien Rafael Arozarena con Mararía, en lugares pequeños como Femés caben historias enormes. No dejemos que este legado se olvide: debe acompañarnos siempre, para que el tiempo, cuando pase por aquí, siga sabiendo sus nombres.

JULIÁN: Por todos los que estuvieron, por todos los que están y por los que vendrán. ¡Viva San Marcial! ¡Viva Femés!





Ayuntamiento
de **YAIZA**

www.yaiza.es